

LADY SUSAN

Jane Austen

Libros de
seda

❧ CARTA I ❧

Lady Susan Vernon al señor Vernon

Langford, diciembre

Mi querido hermano:

No puedo privarme por más tiempo del placer de aceptar la cordial invitación que me hizo la última vez que nos vimos de pasar algunas semanas junto a ustedes en Churchill y, por tal motivo, si no les resulta inoportuno

a usted y a la señora Vernon recibirme en este momento, estaría encantada de que me presentase en los próximos días a la hermana que anhelo conocer desde hace tanto tiempo. Aunque los amables amigos que me acogen aquí insisten afectuosamente en que prolongue mi estancia, el carácter hospitalario y jovial que los caracteriza les induce a llevar una vida social demasiado activa para mi ánimo y para la situación en la que me encuentro. Por lo tanto, aguardo con impaciencia el momento de ser recibida en su agradable y retirada residencia. Anhelo conocer a sus queridos niños, en cuyos corazones me complacería mucho poder ocupar un lugar. Pronto requeriré de toda mi fortaleza, ya que estoy a punto de separarme de mi hija. La larga enfermedad de su amado padre me impidió prestarle la atención que me exigían por igual el deber y el afecto, y tengo muchas razones para temer que la institutriz a la que le encomendé la tarea de cuidarla no ha estado a la altura del cometido. Por ello, he decidido internarla en uno de los mejores colegios de la ciudad, adonde tendré la oportunidad de acompañarla

yo misma de camino a su casa. Como ve, estoy decidida a que no se me niegue la entrada en Churchill. La verdad es que me resultaría muy doloroso que no estuviera en disposición de recibirme.

Su muy agradecida y afectuosa hermana:

S. VERNON

❧ CARTA II ❧

Lady Susan a la señora Johnson

Langford

Estabas equivocada, mi querida Alicia, al suponer que me quedaría en este lugar el resto del invierno; me duele en el alma decir lo equivocada que estabas, pues rara vez he pasado tres meses tan placenteros como estos, que se han ido volando. Ahora mismo, nada parece ir bien. Las mujeres de la familia se han unido en mi contra. Ya me advertiste cómo serían las cosas cuando llegué

a Langford, y Manwaring es tan sumamente agradable que yo misma albergaba recelos. Recuerdo que me dije, mientras iba hacia la casa: «Me gusta este hombre; ¡roguemos al Cielo que el asunto no acabe mal!». No obstante, estaba decidida a ser discreta, a tener presente que enviudé hace solo cuatro meses y a mostrarme lo más comedida posible. Y así ha sido, mi querida amiga: no he aceptado las atenciones de nadie más que de Manwaring; he evitado cualquier tipo de coqueteo; no he distinguido con mi favor a ninguna de las personas que por aquí han pasado, a excepción de sir James Martin, al que sí he dedicado un poco de atención con el fin de alejarlo de la señorita Manwaring. Sin embargo, el mundo me alabaría si conociera mis razones para haberlo hecho. Me han tildado de mala madre, pero era el impulso sagrado del afecto maternal, era el interés de mi hija lo que me impulsaba, y, si dicha hija no fuera la simpóna más grande de la tierra, podría haberme visto recompensada como merezco por mis desvelos. Sir James sí que me propuso casarse con Frederica, pero ella, que nació para ser el tormento de mi vida, se opuso de un modo tan rotundo a la unión que pensé que más valía dejar el plan de lado, por

el momento. Me he arrepentido más de una vez de no haberme casado yo misma con él y, si no fuera porque es despreciablemente débil, sin duda lo hubiera hecho, pero debo reconocer que soy una romántica y que la mera riqueza no me satisface. Toda esta situación resulta muy irritante: sir James se ha ido, María está tremendamente indignada y la señora Manwaring está insoportablemente celosa. Tan celosa y, en resumidas cuentas, tan enfadada conmigo que no me extrañaría que, presa de la furia, apelara a su tutor si tuviera licencia para dirigirse a él; pero en esto tu esposo ha resultado ser mi aliado, y la acción más bondadosa y conveniente de su vida fue que no quisiera saber nada de ella después de su matrimonio. Por eso te pido a ti que azuces su resentimiento. Ahora nos encontramos en una situación lamentable; nunca una casa ha estado tan alterada; toda la familia se encuentra en pie de guerra y Manwaring apenas se atreve a dirigirme la palabra. Es hora de que me marche; por tanto, estoy decidida a dejarles y pasaré, espero, un día apacible contigo en la ciudad esta misma semana. Si el señor Johnson me sigue teniendo en tan poca estima como siempre, encontrémonos en el número 10 de la calle

Wigmore. Sin embargo, tengo la esperanza de que no sea necesario, pues el señor Johnson, a pesar de sus defectos, siempre es digno de que se le considere un hombre respetable —eso que es tan importante—, y, como es público y notorio que soy amiga íntima de su esposa, su desdén hacia mí no sería visto con buenos ojos. Pasaré por Londres de camino a ese lugar insoportable, una aldea rural, ya que de veras me dirijo a Churchill. Discúlpame, mi querida amiga, eres mi último recurso. Si hubiera otro lugar de Inglaterra donde fuera a ser bien recibida, lo hubiera preferido a este. Aborrezco a Charles Vernon y su mujer me aterra. No obstante, habré de quedarme en Churchill hasta que surja algo mejor. Mi jovencita me acompañará a la ciudad, donde la dejaré al cuidado de la señorita Summers, en la calle Wigmore, hasta que entre en razón. Allí hará buenos contactos, ya que las chicas pertenecen a las mejores familias. El precio es enorme y mucho mayor de lo que jamás me podré permitir. *Adieu*, te escribiré unas líneas en cuanto llegue a la ciudad.

Atentamente:

S. VERNON

❧ CARTA III ❧

La señora Vernon a lady De Courcy

Churchill

Mi querida madre:

Me entristece mucho comunicarle que no nos será posible mantener la promesa de pasar juntas las Navidades, y la situación que nos arrebatara semejante dicha no es probable que nos resarza de la pérdida. Lady Susan, en una carta a su cuñado, le ha manifestado la intención

de visitarnos de manera casi inmediata y, dado que una visita así es, con toda seguridad, un asunto de mera conveniencia, resulta imposible aventurar cuánto durará. No estaba ni mucho menos preparada para este acontecimiento ni me explico la conducta de la dama. Langford parecía ser un lugar ideal para ella a todos los efectos, tanto por el elegante y lujoso estilo de vida que lo caracteriza como por el particular afecto que le profesa a la señora Manwaring, por lo que de ningún modo me esperaba este honor tan repentino; aunque ya imaginaba, en vista de lo cariñosa que se muestra con nosotros desde la muerte de su esposo, que nos veríamos obligados a recibirla en algún momento. Creo que el señor Vernon fue en exceso amable con ella cuando estuvo en Staffordshire; su comportamiento hacia él, con independencia de su reputación, ha sido tan inexcusablemente mezquino y calculador desde que empezó a fraguarse nuestro matrimonio que solo alguien tan afectuoso y apacible como mi esposo podría haberlo pasado por alto; y, aunque, en tanto que viuda de su hermano que atraviesa un momento de apuro, correspondía que se le dispensara

ayuda financiera, no puedo evitar pensar que era totalmente innecesario invitarla a que viniera a Churchill con semejante apremio. Como siempre está predispuesto a pensar bien de los demás, las muestras de duelo, las manifestaciones de remordimiento y la resolución de ser discreta bastaron para ablandarle el corazón y hacer que confiara en su sinceridad; pero, en cuanto a mí, sigo siendo escéptica y, si bien la señora ha escrito en términos convincentes, no quiero pronunciarme hasta que me haga una idea de las verdaderas intenciones de su visita. Ya puede imaginar, pues, mi querida señora, cómo me siento mientras aguardo su llegada. Si quiere ganarse mi consideración, o al menos ganársela en parte, tendrá que desplegar todas esas habilidades seductoras por las que es tan conocida; y yo, ciertamente, habré de intentar protegerme de ellas si no las acompaña de algo más sustancial. Manifiesta un ávido deseo de conocerme y hace una amable mención de mis hijos, pero no soy tan necia como para creer que una mujer que ha mostrado desidia, por no decir maldad, hacia su propia hija, vaya a encariñarse con algún hijo mío. La señorita Vernon va a ingresar

como interna en un colegio en Londres antes de que su madre venga a visitarnos, de lo cual me alegro, por su bien y por el mío. Seguro que le beneficiará separarse de su madre, y una joven-cita de dieciséis años que ha recibido tan pésima educación no sería una compañía deseable aquí. Soy consciente de que Reginald lleva mucho tiempo anhelando ver a la cautivadora lady Susan, y esperamos que nos acompañe pronto. Me complace saber que padre sigue con buena salud.

Con cariño:
CATH. VERNON

❧ CARTA IV ❧

El señor De Courcy a la señora Vernon

Parklands

Mi querida hermana:

Os felicito a ti y al señor Vernon por estar a punto de recibir en vuestra familia a la más consumada coqueta de toda Inglaterra. Siempre me han dicho que así es como debía considerarla, pero últimamente han llegado a mis oídos ciertos pormenores de su conducta en Langford

que demuestran que la señora no se limita al coqueteo respetable con el que se conforma la mayoría, sino que aspira a la placentera satisfacción de destrozar a una familia al completo. Con su actitud hacia el señor Manwaring ha conseguido despertar los celos de su esposa y hacerla desdichada, y, con las atenciones dispensadas a un joven que previamente se había encariñado con la hermana del señor Manwaring, ha privado a una jovencita de su enamorado. Todo ello lo descubrí gracias al señor Smith, que ahora reside en el vecindario (cené con él en Hurst & Wildford) y que acaba de llegar de Langford, donde pasó quince días en compañía de la señora, de modo que sabe muy bien de lo que habla.

¡Menuda mujer debe de ser! Ansío conocerla, y sin duda acepto tu amable invitación para tener la oportunidad de hacerme una idea de esos poderes cautivadores capaces de conseguir tanto —ganarse el afecto de dos hombres, al mismo tiempo y en la misma casa, sin que ninguno de ellos esté en posición de corresponderle—, ¡y además sin el encanto de la juventud! Me complace saber que la señorita Vernon no

acompañará a su madre a Churchill, pues carece hasta de modales; y, según el señor Smith, es necia y orgullosa a partes iguales. Cuando el orgullo y la estupidez se unen no hay disimulo que valga, por lo que la señorita Vernon será objeto de un desprecio implacable; pero, a juzgar por lo que he oído de lady Susan, esta posee cierta picardía cautivadora que debe de ser un deleite tanto presenciar como descubrir. Estaré contigo muy pronto.

Con cariño, tu hermano:

R. DE COURCY